

LA MUERTE DE NAPOLEÓN ANUNCIADA EN LAS CANCILLERÍAS EUROPEAS POR LOS DIPLOMÁTICOS FRANCESES¹

THE DEATH OF NAPOLEON ANNOUNCED IN THE EUROPEAN CHANCELLERIES BY THE FRENCH DIPLOMATS

Jean Mendelson²

jean_mendelson@hotmail.com

Archivos Diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores

París, Francia

DOI: <https://doi.org/10.32735/S2735-61752020000217150>

RESUMEN

El 4 de julio de 1821, llega a Europa la noticia del fallecimiento de Napoleón en la isla de Santa Elena. Desaparece así el hombre que ha hecho temblar durante casi veinte años las monarquías europeas y ha causado un tremendo dolor de cabeza a sus cancillerías. El embajador Jean Mendelson, y ex-director de los Archivos Diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, propone en este artículo un análisis de los contenidos de los mensajes recibidos describiendo las reacciones en cada uno de los países europeos, lo que permite entender la relevancia de la noticia y su impacto, así como las primeras impresiones de los diplomáticos en función en este tiempo. Existen en varias cartas referencias directas a la situación de la independencia en América Latina.

Palabras clave: muerte de Napoléon; diplomacia; impacto.

ABSTRACT

On the 4th of July of 1821, the news about the death of Napoléon in the island of Santa Elena reached Europe. Disappears then the man who made tremble during almost twenty years the european monarchies and caused an incredible headache to the chancelleries. The ambassador Jean Mndelson, and ex-director of the Diplomatic archives of the Foreign Affairs Ministry of France proposes in this article an analyse of the contents of the received messages describing the reactions in every country in order to understand the importance of the news and its impact as much as the first impressions of the acting diplomats during this time. Several of this letters include direct mentions about the situation of the independence of Latin America.

Keywords: Death of Napoléon; diplomacy; impact.

* Artículo recibido el 16 de septiembre de 2019; aceptado el 26 de noviembre de 2019.

¹ Este artículo forma parte del Proyecto interinstitucional: "Tres siglos de presencia francesa en Chile", patrocinado por la Universidad de Los Lagos, la Universidad de Chile, la Pontificia Universidad Católica de Santiago y la Universidad de Concepción.

² Ex director de Archivos Diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia.

Introducción

Es el 4 de julio de 1821 que la noticia de la muerte de Napoleón, ocurrida en Longwood, Santa Elena, el 5 de mayo precedente, llega a Inglaterra. Dos meses de navegación habían sido necesarios para que este evento fuera conocido primero por el ministro de la guerra, Lord Bathurst, el “carcelero en jefe” de Napoleón, luego por el primer ministro Lord Liverpool, y comunicada al gabinete, al rey Jorge VI y al encargado de negocios francés, Georges de Caraman. El día siguiente 5 de julio, la prensa británica hizo referencia a la noticia y este mismo día, la información llegó a conocimiento del gobierno francés. El 6 de julio, el barón Pasquier, ministro de Relaciones Exteriores, envió al conjunto de sus embajadores una misiva para informarles sobre la noticia.

El estudio que sigue alude a la manera con la cual las legaciones y embajadas de Francia dieron cuenta a su ministro de las reacciones provocadas, en su país de residencia, por la muerte de Napoleón. Da luz no solamente sobre aquellas reacciones, pero también sobre el pensamiento o la personalidad del jefe de misión. Permite igualmente abordar problemas relacionados al archivo de los documentos diplomáticos y a las dificultades de utilización de aquellos documentos.

La búsqueda documental no causó ninguna dificultad particular. Reunida en los archivos diplomáticos y clasificada por puesto emisor, la correspondencia de las embajadas y legaciones está libre de acceso y consultable. Además, el número de estos puestos esta reducido: la red diplomática francesa se limita en 1821 a las capitales europeas, con la excepción de Washington (y de algunas legaciones o consulados de menor importancia en África y en Asia). La búsqueda es entonces fácil, la política de Napoleón luego el Congreso de Viena han provocado la constitución de una Europa compuesta, además de Francia, de los países siguientes: el Reino Unido, los reinos de Portugal, de España, de los Países Bajos y de Dinamarca, los dos reinos de Suecia y Noruega reunidos bajo la corona del rey de Suecia, los imperios de Austria y de Rusia y el imperio otomano, a los cuales se agregan los diversos Estados de Italia (principalmente los reinos de Cerdeña y de las Dos Sicilias y los Estados pontificios) y de Alemania (en particular los reinos de Prusia, Sajonia y Bavaria). Las misivas circulando a la velocidad del caballo, es suficiente limitar nuestras investigaciones en los volúmenes (clasificados de manera cronológica) entre los 8 y 30 de julio, fecha aproximada de la llegada de la misiva de Pasquier (salvo en el caso de los Países Bajos informados desde el 6 de julio y por supuesto los Estados Unidos donde la noticia llegará a la velocidad del barco).

Los volúmenes consultados no contienen todas las misivas enviadas sobre este tópico desde las embajadas de Francia por varias razones. La primera tiene que ver con la antigüedad de estos documentos: algunos fueron extraviados o mal clasificados (en este caso, solo el azar podría permitir encontrarlos); otros no pudieron ser conservados en una época donde la distinción entre documentos públicos y privados era todavía confusa.

No obstante, los documentos que fueron encontrados en los volúmenes de la correspondencia diplomática dan una bastante precisa imagen con la cual los puestos diplomáticos franceses rindieron cuenta de la llegada de la noticia de la muerte. Permiten por otro lado tener una visión casi sociológica sobre los diplomáticos franceses de 1821; todos eran, como corresponde, servidores de la monarquía de los Borbones restaurada luego de Waterloo, pero no todos pertenecían a la tendencia “ultra” (los ultrarealistas partidarios de borrar radicalmente las conquistas políticas y sociales de la Revolución y del Imperio, pesan considerablemente en

1821 sobre la política francesa, aunque no lograrán realmente el poder que luego del fallecimiento de Luis XVIII en 1824).

Las inclinaciones de los unos y de los otros se pueden revelar con las palabras escogidas para hablar de la personalidad sobre la cual informan del deceso, según si escriben “Buonaparte”, “Bonaparte”, “Napoleón Bonaparte” y hasta, aunque raramente, “Napoleón”. Recordamos, por cierto, que el mismo ministro de relaciones exteriores, Etienne Denis Pasquier, había sido durante el imperio de Napoleón consejero de Estado, luego prefecto de policía entre 1810 y 1814: había también adherido durante los Cien Días al “Acta adicional de las constituciones del Imperio” aunque Napoleón no le había atribuido ningún cargo. Luego de Waterloo, había sido nombrado ministro del interior en el primer gobierno de Luis XVIII durante la segunda restauración y era ministro de relaciones exteriores desde 1819.

La noticia de la muerte de Napoleón llega a Londres luego a París

El 5 de julio, el correo del gobernador de Santa Elena, Hudson Lowe, a su superior jerárquico, Lord Bathurst, llega a Londres en el mismo barco que transporta las misivas del marqués de Montchenu, comisario francés en Santa Elena. Montchenu, que había tratado en vano desde su llegada a la isla de entretener a Napoleón, había sido admitido por el gran mariscal Bertrand y el general Montholon, los dos oficiales que habían acompañado a Napoleón en su exilio hasta su fallecimiento, de manera de acceder a la cámara mortuaria de Longwood: había entonces “reconocido” al muerto. Es, entonces, conjuntamente gracias al ministro inglés y al representante francés, que la noticia había llegado a la embajada de Francia en el Reino Unido, de la cual el titular era un personaje de primer plano en la vida política francesa, Élie Decazes. Joven funcionario durante el Imperio, consejero del rey de Holanda Luis Bonaparte, Decazes se había unido a Luis XVIII durante la primera restauración. Luego del sangriento episodio del primer “terror blanco” durante el cual varios cientos de bonapartistas/republicanos fueron víctimas durante las primeras semanas del verano de 1815, había sido nombrado ministro de la policía luego del interior y, finalmente, presidente del Consejo; había intentado desarrollar una política moderada apoyado por el rey del cual era el favorito.

Obligado en 1820 a dimitir por los ultras, quienes dominaban en ese entonces el parlamento electo a sufragio estrechamente censitario -el sufragio universal masculino en vigor durante la Convención, luego durante el Consulado y el Imperio, había sido derogado por la restauración- y había recibido en compensación la embajada de Londres.

Aún así, no es la correspondencia de Decazes que se halla en los archivos diplomáticos: el embajador se encuentra entonces en Francia por razones privadas, Es por lo tanto su adjunto, el secretario de legación Caraman quién, después de haber informado en urgencia su embajador de la noticia de Santa Elena, firma dicha correspondencia muy rica en lecciones. Una primera misiva destinada al barón Pasquier parte el 6 de julio:

Señor Barón, Su Excelencia habrá recibido durante la noche los detalles relativos a la muerte de Buonaparte, por la cual encargo al Barón Decazes de hacerle legar la noticia con toda la diligencia posible. El primer aviso me llegó el miércoles en la mañana gracias a Lord Bathurst quién se apresuró en hacerme llegar las cartas del Sr. De Montchenu y recibí poco después la comunicación oficial que me envió el

departamento de relaciones extranjeras. El almirantazgo había ya dado órdenes para que la noticia sea transmitida a Calais y desde ahí por telégrafo a París.

Calais es, de hecho, una de las muy pocas ciudades de Francia relacionada por telégrafo óptico con la capital. El Sr. De Caraman sigue:

La sensación producida aquí por este evento no ha sido tan marcada como lo hubiera sido hace algunos años. El largo cautiverio de Buonaparte, la imposibilidad de su evasión y el conocimiento que se tenía sobre su mal estado de salud, habían acostumbrado a la idea de verlo terminar su carrera en Santa Elena, pero el tipo de interés que se relaciona a los destinos extraordinarios terminó por despertarse con la confirmada noticia de su muerte. Sus enemigos los más constantes y los más declarados se mostraron golpeados como por un evento significativo y los que se decían sus partidarios no disimularon sus pesares buscando hacer recaer sobre el gobierno el odio por una imputación que rechaza igualmente el tipo de enfermedad y las circunstancias que acompañaron su fin.

Efectivamente, a Napoleón no le faltaban los partidarios en Inglaterra, tanto en la población que en el seno de la élite intelectual, entre los dirigentes del partido Whig (liberal) y los pocos políticos “radicales” del país. En 1815, antes de que su suerte sea decidida, había sido conducido en la bahía de Plymouth donde la acogida popular había sido cálida: la nave de guerra que lo transportaba había sido cercada por numerosos muelles donde los ingleses lo rodeaban y lo aclamaban -un juez hasta intentó obtener para él una citación de justicia que le hubiera permitido beneficiarse de las reglas del *Habeas Corpus*-, a tal punto que el almirantazgo tuvo que alejar el barco de las costas inglesas. En 1819, una imponente manifestación pacífica en Manchester, en un terreno llamado Saint Peter, había sido brutalmente reprimida y calificada por sus organizadores liberales y radicales de “masacre de Peterloo”, en referencia a Waterloo. Durante todo su cautiverio, Napoleón había contado con el apoyo de figuras de la política y de la sociedad británicas, notablemente Lord y Lady Holland. Lord Byron, en su “Oda a Napoleón Bonaparte” simbolizará la simpatía de la cual Napoleón gozaba en la corriente romántica británica. En la misiva de Caraman, uno se da cuenta que varios ingleses, entre ellos Sir Robert Wilson, tomaron el duelo, así como algunos oscuros franceses”. Estos “oscuros franceses” eran probablemente los republicanos/bonapartistas exiliados en Londres. En cuanto al Sir Robert Wilson, era un personaje influyente de la política británica. Había participado en numerosos combates contra los franceses entre 1793 y 1814 y se había hecho famoso en 1802, a su vuelta de Egipto, por una publicación al origen de las polémicas acusaciones sobre los crímenes que hubiera cometido Bonaparte en Jaffa, pero luego de 1815, se puso al servicio de la defensa de los vencidos, llegando a participar a la protección del conde de Lavalette, ministro y cercano colaborador de Napoleón, condenado a muerte durante el “legal” terror blanco y escapado de la

“Conciergerie” (cárcel de París³) el día anterior a su ejecución; diputado whig desde 1818, el general Robert Wilson se había transformado en 1821 en una figura de primer plano entre los partidarios de Napoleón en Inglaterra.

El 7 de julio, Caraman envía un nuevo correo donde se leen precisiones sobre la muerte et los funerales de Napoleón en Santa Elena, que son casi todas exactas: “Entre los detalles que los diarios han dado sobre los últimos momentos de Buonaparte, se había dicho que había querido morir vestido con su uniforme y sobre una cama de campaña, y que había designado el lugar de su sepultura cerca de una fuente en la misma isla de Santa Elena”. Confiando a lo que recién le había dicho Lord Bathurst, el diplomático francés modifica el primer punto (en realidad Napoleón no murió con su uniforme, pero se lo habían puesto luego de la autopsia, y había efectivamente solicitado que, en caso probable de rechazo británico de la vuelta de su cuerpo a Europa, sea enterrado en el “valle del geranio”, un claro cercano de Longwood). Caraman menciona un codicilo del testamento de Napoleón -sobre el cual nadie tenía conocimiento en Europa- en el cual expresa el deseo de “estar enterrado en las riberas del río Sena, en el medio del pueblo francés que tanto había amado”, lo que reveló ser casi exactamente la frase redactada por Napoleón, la cual figura hoy el letras de oro a la entrada de su tumba de los Invalides : “Deseo que mis cenizas reposen en las riberas del río Sena, en medio del pueblo francés que tanto he amado”.

Caraman indica que Lord Bathurst acaba de decirle que había sido decidido desde 1819 que, en caso de fallecimiento, el cuerpo de Buonaparte no sería repatriado pero enterrado en la isla “con los debidos honores militares a un oficial del más alto rango” y que esta orden había sido ejecutada. Agrega que el deportado había dejado un testamento “sobre el cual la validez presentaba algunas dificultades, los tres únicos testigos siendo los generales Bertrand y Montholon y su camarero” (Marchand).

Esta misiva diplomática concluye con una información que no podrá no sorprender sus lectores en París: “algunos carteles han sido pegados en las calles hoy y aluden a una invitación a todos los admiradores del coraje y del talento frente a la adversidad de tomar el duelo en consecuencia de la prematura muerte de Napoleón Bonaparte”.

En Moscú, en Roma

El 6 de julio, el barón Pasquier envía a los embajadores de Francia una misiva factual haciendo referencia a la muerte de Napoleón, y les da instrucciones de informar las autoridades de su país de residencia. El único volumen de archivos en el cual se encuentra aquella misiva es el volumen de la embajada de Francia en San Petersburgo. No se encuentra en este volumen indicación sobre el efecto producido en Rusia por esta noticia, pero las correspondencias inmediatamente anteriores y posteriores son valiosas en mostrar cuales eran las preocupaciones de los diplomáticos durante julio de 1821, y explican que la muerte de Napoleón pudo pasar a un segundo plano: los rusos estaban mucho más inquietos por los eventos de Grecia, España, Portugal o Italia, incluso la América española soblevada por su independencia. La correspondencia diplomática francesa reporta consejos de moderación que el tsar Alejandro I° da al rey de España Fernando VII, quien no puede esperar poder imponer una vuelta a la autocracia descuidando la huella que la presencia francesa bajo el reino de José Bonaparte había dejado en los espíritus del pueblo español.

³ Nota del traductor.

Se encuentran estas mismas preocupaciones en la correspondencia del volumen Roma. Las tropas austriacas acaban de contribuir a la derrota de los movimientos revolucionarios y liberales del norte de la Península y están involucradas en el aplastamiento de los mismos movimientos en el sur, permitiendo a Napoli restablecer el poder absoluto del rey de las Dos Sicilias, Fernando I°. La violencia de esta represión preocupa al papa Pío VII (este Papa había asistido en 1804 a la coronación de Napoleón en Notre Dame de París antes de ser su prisionero entre 1809 y 1814). Pío VII llegó a ser el protector de los Bonaparte refugiados en sus Estados: "Madame Madre" Letizia Bonaparte, Luciano Bonaparte, Luis Bonaparte (ex rey de Holanda), Paulina Bonaparte -sin olvidar el medio hermano de Letizia, el cardenal Fesch quien conservaba durante su exilio su cargo de arzobispo titular de Lyon-. El embajador de Francia en el Vaticano, el duque de Blacas, es una figura de la corriente "ultra"; sus excesos habían conducido Luis XVIII a alejarlo de París, y en Roma, se preocupa ante todo de seguir los hechos y gestos de la familia Bonaparte. Blacas cree que aquella ha obtenido de la Santa Sede la organización de un servicio religioso en memoria de Napoleón e interviene con el secretario de Estado (ministro de relaciones extranjeras) del Vaticano, el cardenal Consalvi -este mismo que había negociado en 1801 con José Bonaparte el concordato entre la Santa Sede y la República Francesa que firmarán el papa Pío VII y el primer consúl Napoleón Bonaparte-. El 11 de julio, Blacas firma una misiva para tranquilizar su gobierno sobre este tema: "El Sr. Cardenal Consalvi, a propósito del servicio para Bonaparte del cual se habla tanto, ma ha dicho ayer en la mañana: nadie, nunca nadie me ha hablado positivamente de llevar a cabo un servicio para Napoleón".

En Parma, en Viena

En 1821, la esposa de Napoleón, María Luisa, reina en el principado de Parma, y su hijo, de entonces diez años, está retenido en Austria donde reina su abuelo, el emperador Francisco I°. La correspondencia diplomática está muda en cuanto a como la noticia de la muerte de Napoleón esta recibida en Parma: llama la atención la ausencia de toda correspondencia durante este periodo y se ignora si se trata de una pérdida, de un acto malintencionado o de un error de clasificación, que son cosas frecuentes en la vida de los archivos; es, no obstante, poco probable que el representante francés en Parma se haya quedado en silencio sobre este tema. En cambio, en el volumen Austria se encuentra una correspondencia de particular interés tanto por su contenido como por el incidente archivístico del cual fue víctima: la misiva dando cuenta de la reacción del canciller austriaco Metternich, principal vencedor diplomático de Napoleón, ha sido rasgada durante una manipulación y una parte de las palabras de Metternich ha sido definitivamente perdida. No obstante, lo esencial del documento, donde se ve nitidamente los pasajes codificados luego descodificados, ha sido conservado lo que es suficiente para tener una idea precisa de la reacción de la corte de Viena a la noticia de la muerte del yerno del emperador Francisco I°.

El 15 de julio, el embajador de Francia en Austria escribe al ministro Pasquier:

Recibí anteayer la misiva de Su Excelencia del 6 de este mes que me anunciaba la importante noticia de la muerte del preso de Santa Elena. Un correo de comercio dirigido al Sr. Rothschild había adelantado de algunas horas la llegada de su estafeta y el principe de Metternich había ya tenido la amabilidad de enviarme un

correo urgente a los baños de Baden donde estaba para informarme sobre este evento.

Volviendo en urgencia para reunirse con el canciller, el embajador cuenta la reacción instructiva de Metternich: en un tono glacial y lejos de toda humanidad, Metternich aparece en esta misiva cercano al personaje frío que representará Edmond Rostand en el "Aiglon"; parece únicamente preocupado por los ecos que podrían provocar los documentos y los compañeros de Napoleón llegando de Santa Elena y por la emoción que podría suscitar la noticia de la muerte de Napoleón:

"M. de Metternich sintió todos los inconvenientes que podían resultar de la...". Aquí empieza la parte desaparecida del archivo, el cual sigue en el reverso: "...documentos que estarían llegando al continente luego de la muerte de Buonaparte y él (Metternich) envió inmediatamente un correo a Londres; reclama del ministerio inglés todos los apoyos de la amistad para asegurar que lo que se podría enviar desde Santa Elena hacia Inglaterra de manera que solamente el gabinete esté al tanto, sin informar el público. Me pareció temer más que todo las publicaciones de un testamento que podría recordar, de una manera demasiado viva, el interés que se apega a los sentimientos de padre y de esposo que quisiera hacer olvidar." Sin embargo, sigue un nuevo pasaje desaparecido con la parte rasgada del archivo. El documento concluye con estas palabras: "...aquí todo lo que puede despertar la atención sobre las relaciones que existieron con Buonaparte".

La urgencia para el gabinete austriaco es entonces resistir a toda emoción, solicitando al gabinete británico conservar por él los documentos llegando desde Santa Elena y de hacer olvidar que el emperador Francisco I° es en el mismo tiempo suegro del difunto, abuelo del pequeño huérfano quien, aunque hecho arquiduque en Viena, y permanece detenido, y padre de la viuda, entonces duquesa de Parma.

En Lisboa, en Madrid

En julio de 1821, los dos reinos de la península ibérica acaban de vivir sobresaltos políticos que hicieron pasar al segundo plano la noticia de la muerte de Napoleón. En Portugal, la revolución del año precedente había obligado al rey Joao VI -quien se había refugiado en la colonia portuguesa de Brasil luego de la llegada de las tropas francesas en 1807 y había escogido quedarse ahí después de la derrota francesa- a volver a Lisboa. Este retorno coincidiendo con la llegada de la noticia de la muerte de Napoleón, es fácil imaginar que los espíritus estaban sobre todo orientados hacia los eventos internos portugueses: en la correspondencia

diplomática de Lisboa, el jefe de la misión francesa evoca la muerte de Napoleón solamente a través de intercambios que tiene con su colega británico.

España se encuentra, ella también, en pleno levantamiento desde que, en 1820, las tropas destinadas a combatir las rebeliones independentistas conducidas por Bolívar y San Martín se negaron a embarcarse en Cadiz para las colonias españolas de América y exigieron del rey particularmente represivo Fernando VII el respeto de la constitución adoptada en 1812. Sin embargo, como ningún evento tan relevante como la vuelta del rey de Portugal tenía lugar en España, la noticia de la muerte de Napoleón está menos ausente en la correspondencia de la embajada de Francia en España – aún si esta correspondencia da, aquí igualmente, una buena indicación sobre lo que son las preocupaciones de los diplomáticos franceses de julio de 1821: en Madrid, la embajada se concentra especialmente en obtener una indemnización para las familias de los infelices ciudadanos franceses víctimas el año anterior de progromos anti-europeos y anti-chinos que una epidemia de cólera había provocado en Manila, en la colonia española de las Filipinas.

No obstante, el 19 de julio, el representante francés de La Garde, un emigrado que había combatido en el ejército ruso contra el ejército francés durante el imperio, firma en Madrid una misiva donde se puede leer que “la muerte de Bonaparte ha causado en un partido la impresión de una sensible pérdida” -el partido así mencionado era él de los partidarios de los insurgentes contra el rey borbón, partido que podríamos calificar de partido de los nostálgicos de las conquistas políticas y sociales aportadas por la invasión francesa de 1808 y el rey José Bonaparte (José I^o). El diplomático francés repite una poco más adelante las mismas palabras: “Madrid sigue gozando de una gran tranquilidad, pero la Fontana de Oro ha sido un poco menos tormentosa: la muerte de Buonaparte ha producido en su partido la impresión de una pérdida sensible”. Café cercano de la Puerta del Sol, la Fontana de Oro era el lugar favorito de reunión de los revolucionarios anti-borbón y de los *afrancesados*. Para los progresistas españoles, a pesar del todavía muy candente recuerdo de la ocupación francesa, la muerte de Napoleón estuvo recibida con tristeza.

153.

226

Londres le 6 Juillet 1821.

89

Monsieur le Baron



Votre Excellence aura reçu cette nuit les détails relatifs à la mort de Buonaparte dont j'ai chargé le Baron Decazes de lui porter la nouvelle, avec toute la diligence possible. Le premier avis m'en était parvenu mercredi matin par Lord Bathurst qui s'empêcha de m'envoyer les lettres de M^{te} de Montcheun et je neus peu après la communication officielle qui m'en a été faite par le Département des Affaires Étrangères. L'Empereur avait déjà donné des ordres pour que la nouvelle soit transmise à Calais et delà par télégraphe à Paris et j'en ai renouvelé l'invitation avec autorité de ce port afin que Votre Excellence put être informée avant l'arrivée des copies du Commerce.

La sensation produite ici, Monsieur le Baron, par cet événement n'a pas été aussi marquée qu'elle aurait pu l'être, il y a quelques années. La longue captivité de Buonaparte, l'impossibilité de son évacuation, et la connaissance que l'on avait

déjà

S. E. Monsieur le Baron Pasquier & C^{ie}.

114

On m'annonce que la mort de Bonaparte a excité dans les diverses classes de la Nation Suédoise, un sentiment de regret général. Cette sensation a été surtout remarquable à la Bourse, lors que la nouvelle y fut devenue publique.

M. d'Engeström a confié à un Membre du Corps Diplomatique, que le Roi en avoit reçu une impression profonde.

Le Roi étoit au Conseil lorsqu'un billet lui apprit cet événement. Il attendit dans le silence et le recueillement que la séance fût levée pour en donner communication aux Ministres

Figuras 1 y 2. Cartas de Londres y de Estocolmo, julio de 1821.

En La Haya y Bruselas, en Munich, en Dresde, en Berlín

La noticia originada en Santa Elena había llegado el mismo día en Francia y en los Países Bajos. Este reino, creado en 1815, reunía aproximadamente los tres países del actual Benelux y su rey había jugado un papel importante al lado de Wellington en la victoria de los coalizados en Waterloo. Es desde Bruselas que escribe el embajador de Francia en los Países Bajos: “La muerte de Napoleón está aquí en todas las bocas y todos los espíritus están ocupados de las circunstancias que precedieron este gran evento”. Uno nota que este diplomático, sin exagerar la importancia de esta noticia, intenta traducir el efecto producido en una ciudad profundamente relacionada a la Francia republicana luego imperial, donde están refugiados varios revolucionarios exiliados, regicidios víctimas de la falsa “amnistía” decidida por Luis XVIII en 1816; se nota también que este embajador es uno de los pocos a hablar de “Napoleón”.

En Alemania, la cual salió profundamente conmocionada y reestructurada del dominio francés y luego de los tratados de 1815, hemos seleccionado los tres puestos diplomáticos más importantes aunque muy diferentes, y estudiado las correspondencias de los ministros de Francia hacia los reyes de Bavaria, de Sajonia y de Prusia. El volumen de la correspondencia diplomática Bavaria esta incompleto, de hecho se debe esperar el 11 de agosto para encontrar una misiva relativa a la muerte de Napoleón, la cual se refiere a una correspondencia anterior aparentemente perdida. El texto enviado desde Munich el 11 de agosto contiene por otra parte valiosas indicaciones sobre las preocupaciones del momento, que sean internacionales (a propósito de la insurrección griega (“La opinión pública está indignada por los horribles excesos de los turcos”) o propiamente bavareses (están preocupados por “la debilidad espiritual, la inclinación hacia la flojera de un príncipe que debe ocupar un día el trono de Baviera”, se lee a propósito del príncipe Luis, futuro Luis I°). Esta misma correspondencia incluye en página 4 las líneas siguientes:

Puedo solamente referirme a lo que tengo el honor de mandar a su excelencia en relación a los efectos producidos en el público de este país por la noticia de la muerte de Buonaparte. Es cierto que causó solamente una debil sensación lo que es remarcable en esta parte de Alemania donde se supone que tenía muchos partidarios. El principe Eugenio portó en Bade y lo sigue portando aquí el duelo de su padre adoptivo.

Eugenio de Beauharnais, hijo de Josefina, había sido adoptado por Napoleón y se había casado con la princesa Augusta, hija del rey de Bavaria: había conservado luego de 1815 sus lazos de fidelidad hacia su padre adoptivo y beneficiado de la protección del reino de Bavaria.

La correspondencia de Dresde tiene una tonalidad bien distinta. El embajador de Francia en Sajonia era Florimond de La Tour Maubourg, antiguo diplomata durante el imperio e hijo de un general quien, después de Waterloo, se había manifestado a favor de la proclamación de Napoleón II. Sajonia había sido aliada de Francia en el sistema europeo puesto en marcha por Napoleón antes que las tropas sajonas cambiaran de bando durante la batalla de Leipzig a favor de la coalición en 1813. El 19 de julio de 1821, el representante francés en Dresde toma la iniciativa de escribir a su ministro antes de recibir su misiva del 6 de julio porque se entera por otro medio de la información proveniente de Londres: “La noticia de la muerte de Napoleón

produjo acá la sensación que producirá en todas partes. Al inicio, se dudaba pero cuando detalles más circunstanciados confirmaron los primeros ruidos, se iniciaron las conversaciones cada uno según sus apegos o sus resentimientos”, manera diplomática para decir que este fallecimiento les agrada a muchos pero, igualmente, consternó a numerosos otros. Aquí también, el diplomático habla de “Napoleón”.

Muy distinto es el tono utilizado por el embajador de Francia en Berlín. El 12 de julio en la mañana, la estafeta portando la misiva de Pasquier del 6 de julio llega a Berlín. Contrariamente a Sajonia, Prusia había sido adversario casi constante de Napoleón, lo que recordará el encargado de la representación francesa en su misiva del 14 de julio:

“La noticia se esparció prontamente en la ciudad. En este país que había sido, más que cualquier otro, lastimado por la potencia del hombre que acababa de morir, se podría haber pensado que su fin causaría una fuerte sensación y es una cosa muy digna de destacar la indiferencia o por lo menos la poca importancia con la cual este ruido fue acogido, siendo ya una costumbre considerarlo como muerto civilmente.”

Esta misiva concluye con una inspiración tan poco diplomática que claramente militante a favor de la corriente “ultra”: “Ojalá, este prematuro olvido sea para siempre una lección para los ambiciosos que una loca vanidad empuja a querer de nuevo alterar el mundo”.

El investigador contemporáneo, luego de esta lectura, puede soñar a lo que hubiera escrito el embajador que tenía este puesto en Berlín cuatro meses antes, Chateaubriand, quien analizará el evento de una manera bien diferente...

En Washington

La embajada de Francia en los Estados Unidos se enterará de la noticia solamente a fines de julio, no por la vía diplomática, sino que por la prensa, está informada por los azares de la navegación marítima. El embajador Hyde de Neuville había sido una figura de la insurrección armada del oeste francés contra la República y de la emigración contrarrevolucionaria, había quizás sido involucrado -aunque se defendió de esto- en el primer atentado de la historia contemporánea que calificaríamos hoy en día de “terrorista”, la noche de navidad del año 1800 en París, que costó la vida a decenas de peatones de la calle Saint-Nicaise. Nombrado por la primera restauración, gracias al apoyo de Blacas, ministro plenipotenciario cerca del gran duque de Toscana, había sido uno de los pocos denunciando los riesgos de evasión de Napoleón desde la isla de Elba, y se encontraba entonces en primera línea en caso justamente de evasión. Esto explica la obsesión que, nombrado en Washington durante la segunda restauración, mostró frente a los rumores de evasión desde Santa Elena organizada por los revolucionarios mexicanos o sudamericanos levantados contra el rey borbón de España. Este temor se acentuó con la presencia en América del norte de numerosos exiliados republicanos/bonapartistas sospechados (a veces con razón) de intentar poner en marcha planes de evasión que se revelaron quiméricos, y el embajador de Francia vigilaba José Bonaparte, refugiado en New Jersey, en Bordertown. Entre los documentos conservados en los

archivos diplomáticos, se encuentra así una misiva del 12 de septiembre en la cual Hyde de Neuville informa que el ministro de Prusia, pasando por Bordertown:

había visto el doctor Hutchinson, quien es uno de los médicos de José Buonaparte. Me aseguró que José, habiendo iniciado una enfermedad hace seis meses, le había dicho de tener cuidado que la naturaleza de su enfermedad, que su padre había fallecido de una enfermedad del hígado o de una úlcera interna, y que temía que su enfermedad no sea idéntica a la que su padre había tenido y que lo había llevado. Esta declaración, hecha seis meses antes de la noticia de Santa Elena, vendría apoyando la que, según algunos, Buonaparte hubiera realizado.

Interesante información que confirma la preocupación de salud de Napoleón y de sus hermanos: de hecho, en Santa Elena, Napoleón había exigido que una autopsia sea efectuada sobre su cuerpo para así informar su hijo del riesgo que se había llevado a su padre y que lo llevó también.

Hyde de Neuville concluye su misiva con un tema muy diferente, pero que no carece de interés bajo la pluma de un diplomático que fue mucho más militante clandestino luego agente secreto: "Adjunto un informe que contiene la correspondencia de Bolívar con el doctor Pereira e, igualmente, un artículo del señor Joseph Gamard, tan mal médico como mal francés, relativo a la muerte de Buonaparte".

En Copenhague, en Estocolmo

Se podría haber esperado que el volumen Copenhague tuviera elementos interesantes sobre la reacción de la opinión y de los gobernantes daneses, en razón de la historia particular de Dinamarca, un Estado europeo en paz con Francia desde el inicio del siglo. Pero se encuentran solamente algunas breves líneas factuales, al final de una larga misiva con fecha 14 de julio: "un baúl extraordinario llegado desde Inglaterra aportó la noticia de la muerte de Buonaparte...". No obstante, el ministro plenipotenciario francés en Copenhague en 1821 era el conde de Saint-Simon, sobretodo conocido por haber contribuido a la publicación de las memorias del duque de Saint-Simon, su pariente lejano: este diplomático había servido durante el consulado y el imperio en el ejército francés antes de unirse a Luis XVIII que había acompañado en su exilio en Gand durante los Cien Días.

Por el contrario, el volumen Estocolmo es precioso porque es el que expresa más claramente la emoción suscitada por la muerte de Napoleón. Cadoine de Gabriac, ministro de Francia en Suecia, antiguo consejero de Estado y diplomático durante el imperio, se entera de la noticia el 19 de julio, no por la misiva de Pasquier, pero sino por su colega británico y escribe el 24 una larga misiva sobre el tema: "Me anuncian que la muerte de Bonaparte exitó en diversas clases de la nación sueca un sentimiento de pesar generalizado". Agrega curiosamente, y sin ningún otro comentario, que "esta sensación ha sido principalmente sensible en la bolsa cuando la noticia se hizo pública". Pero esta misiva es también remarcable por contar también el efecto causado a Carlos XIV Juan de Suecia (y Carlos III Juan de Noruega, el reino de Noruega habiendo sido conquistado sobre Dinamarca en 1814 y reunido en una unión personal con

Suecia bajo el mismo soberano). Se trataba de un soberano bastante especial: el rey Carlos XIV no era menos que Jean Baptiste Bernadotte, antiguo general durante la revolución, mariscal del imperio, que había servido bajo Bonaparte durante la primera campaña de Italia, luego combatido en particular en Austerlitz y Wagram.

El mariscal Bernadotte era, por otro lado, relacionado con José Bonaparte, habiéndose casado con su cuñada Désiré Clary, quien fue la primera aventura sentimental conocida del joven Napoleón Bonaparte. No obstante, los dos hombres tenían relaciones poco amenas y sus divergencias políticas eran notorias. El pasado de Bernadotte podría haber permitido pensar en 1810, cuando fue escogido como príncipe regente de Suecia para heredar el trono a la muerte de Carlos XIII, que iba a desarrollar una política cercana a la de Francia; tal fue el caso durante los primeros años, antes que el príncipe regente asumiera un giro de alianza y se reuniera con la coalición antifrancesa, tomando así parte importante en la derrota francesa de 1813.

El rey estaba en el consejo cuando una nota le informó sobre el evento, indica el diplomático francés. Esperó en silencio y recogimiento el fin de la sesión para dar comunicación a los ministros y lo hizo con emoción y gravedad. De vuelta luego a su despacho, su majestad envió a su hijo una carta que pensé destinada a la publicidad.

Este sobrevuelo de los archivos diplomáticos franceses sobre un evento del cual acabamos de conmemorar el bicentenario, la muerte de Napoleón, deja desazón, como a menudo ocurre en la frecuentación de los archivos: la ausencia de ciertos documentos de los cuales se sabe que existen, el mal estado de conservación de algunos otros, etc. El investigador no puede no sentir decepción por el azar que lo priva, en su tema, del comentario de figuras mayores de la política o de la cultura: Si Chateaubriand se hubiese quedado como embajador en Berlín algunos meses más, sus misivas serían las que hubieran sido conservadas en el ministerio de Relaciones Exteriores; asimismo, si la salud de su esposa no lo hubiera obligado a volver a Francia, serían los comentarios de Decazes que hubieran sido archivadas. Pero el estudio de los archivos conservados en el ministerio, tales como son, contienen sin embargo bellos descubrimientos. Muestran que la muerte de Napoleón suscitó reacciones de simpatía y emoción, más a menudo que uno lo puede pensar, y que cuestionan la pertinencia de la humorada atribuida a Talleyrand (“no es un evento, es una simple noticia”); al contrario, descubriendo las reacciones suscitadas, en Europa y más allá, por esta “noticia”, es posible entender desde 1821 el nacimiento de una corriente de pensamiento y de una sensibilidad que empujarán más tarde Chateaubriand a escribir en sus “Mémoires d’outre-tombe” a propósito de Napoleón : “Vivo, desaproveché el mundo ; muerto, lo posee”.

Referencias**Fuentes primarias**

Ministère des Affaires étrangères (les volúmenes encuadernados de la Correspondencia política, citados más abajo, son consultables en el Centre des Archives diplomatiques, La Courneuve, Francia :

Correspondance politique Angleterre, 8CP /614

Correspondance politique Russie, 12CP/161

Correspondance politique Autriche, 11/CP402

Correspondance politique Espagne 37/CP713

Correspondance politique Pays-Bas 54/CP621

Correspondance politique Bavière 16CP/193

Correspondance politique Saxe 117CP/87

Correspondance politique Prusse 106CP/261

Correspondance politique États-Unis 39CP/78

Correspondance politique Danemark 31CP/194

Correspondance politique Suède 132CP/ 305

Ambassade de France au Vatican, au Centre des archives diplomatiques de Nantes: 576PO/1
281.

